



Fue Alí el último en salir. Al ser el más pequeño, sobrevivir lo iba a tener muy difícil. Su hermano, cinco días mayor que él, acaparaba casi toda la comida que sus padres, dos machos y una hembra, traían al nido ubicado en el saliente rocoso de un acantilado.

Pero Alí, el de los ojos de caramelo, había nacido con un instinto especial para la supervivencia. Aun así, ésta no la tenía garantizada. Las peleas con su hermano en el nido por la comida eran constantes, y muy agresivas, dándose en más de una ocasión la circunstancia de que a punto estuvo de precipitarlo al vacío.

No obstante, Alí aguantó valientemente los empujones que su hermano le daba.

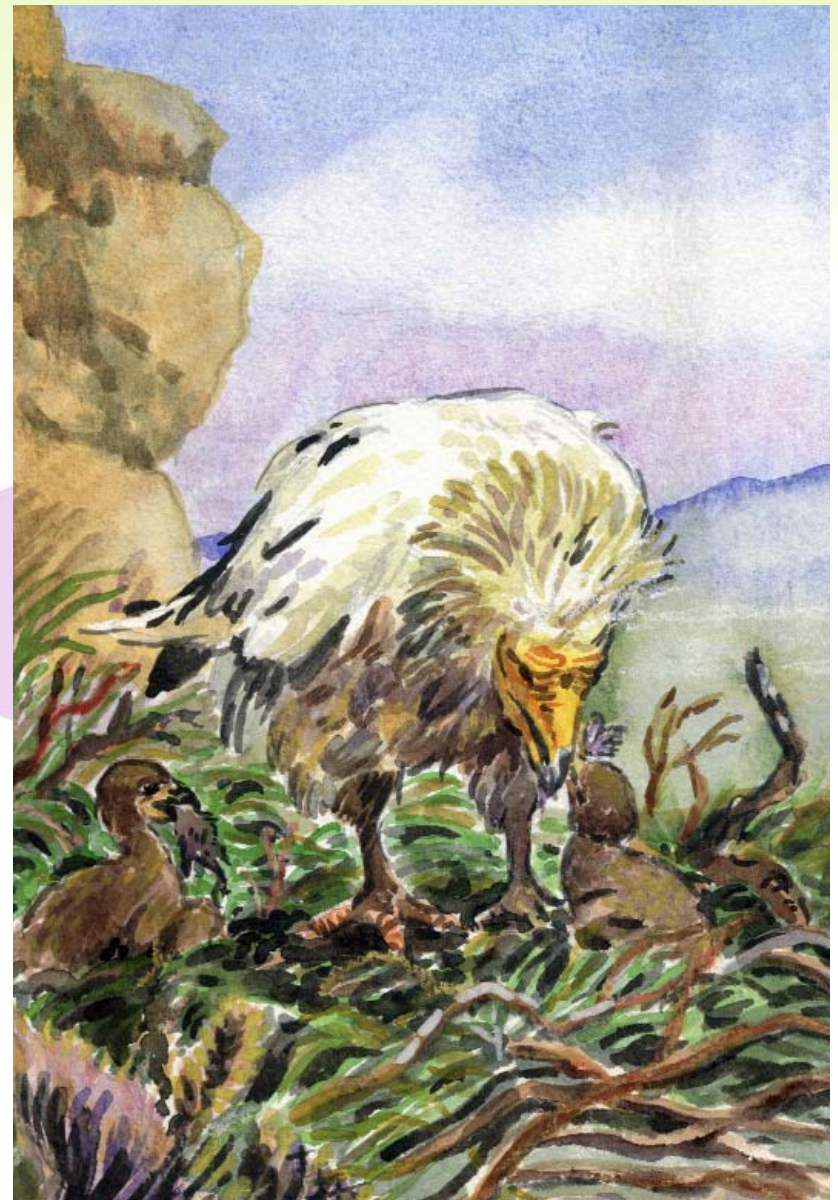
Además Alí aprendió a ser paciente y observador; virtudes que también le ayudarían a salir adelante. Mientras que su hermano, en sus ansias por alimentarse antes y mejor, escogía la presa más grande que sus padres traían al nido, una rata o un pequeño lagarto ocelado, cuya envergadura hacía que tardara mucho más tiempo en engullirlos; Alí esperaba a que sus progenitores les lleva-

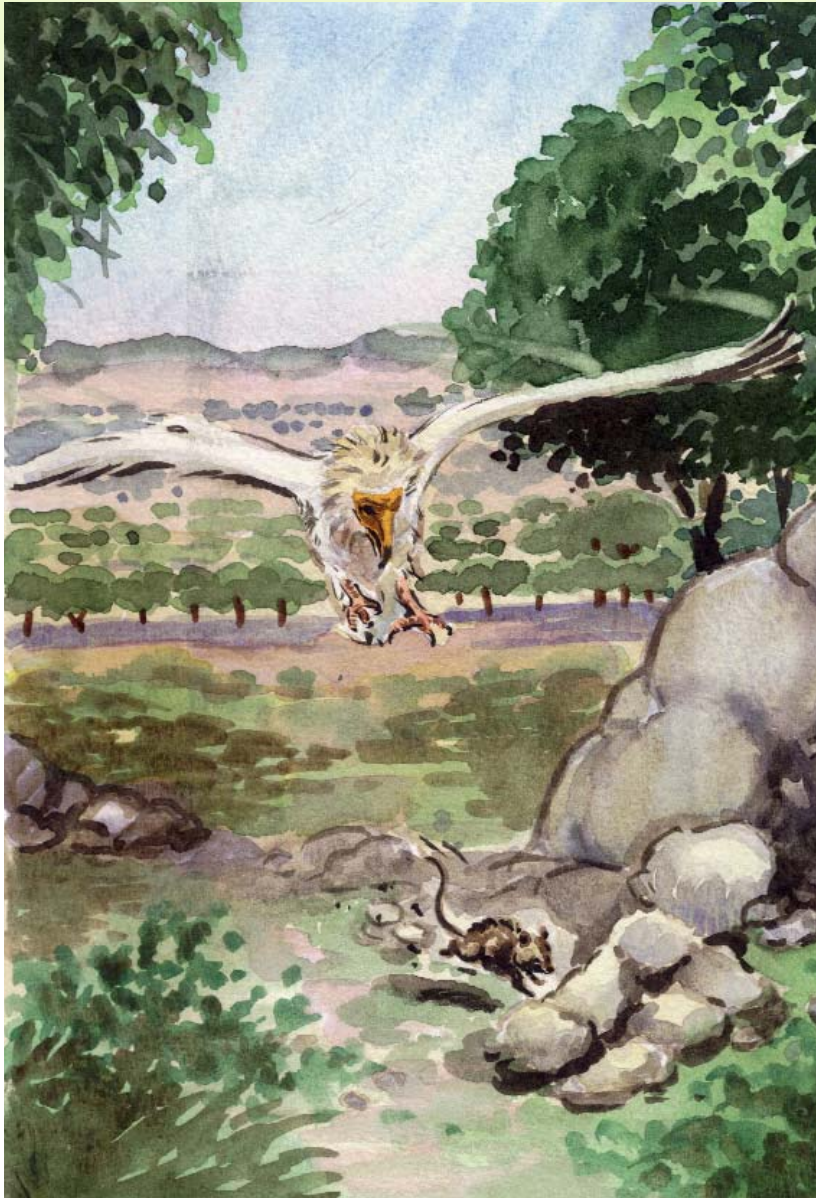
ran otras rapiñas más pequeñas: una cigarra o un joven pajarillo, y se las comía aprovechando que su hermano estaba engollipado con las más grandes.

Con esta peculiar sagacidad selectiva se alimentaba y fue creciendo, haciéndose fuerte y poderoso. Entonces ya no sólo le disputaba a su hermano la ración más grande, sino que también conseguía arrebatársela.

Alí y su hermano se pasaban casi todo el día acicalándose para eliminar de sus cuerpos las pelu-sillas de sus nuevos y vistosos plumajes, y ejercitando las alas dando saltos en el nido. Sus nuevos trajes plumíferos de color crema pardos, y sus patas grisáceas, les daban un porte hermoso y elegante. Se habían convertido en los carroñeros más guapos de Andalucía.

El día del abandono del nido estaba próximo. Y ver a sus padres volar los inquietaba cada vez más. Estaban ansiosos por emprender el primer vuelo. Ese día llegó, y sorprendió a su familia; pues fue Alí el primero en dejar el nido haciendo un vuelo vertiginoso y espectacular.





Alí planeaba sobre la cárcava sintiendo un goce infinito; y aunque todavía no estaba muy seguro de sí mismo, miraba maravillado a su alrededor, sintiéndose dueño y señor de las Tierras de Aroche... Así estuvo durante más de tres minutos. Al día siguiente, sobrevolando la ribera pedregosa del río Chanza, observó el movimiento de un ratoncillo que se escondía en un junco.

Con gran determinación, se dejó caer lentamente posándose muy cerca del matojo, y vio como el ratón intentaba esconderse debajo de una piedra. La misma que apartó con extraordinaria habilidad, quedándose el indefenso roedor a su merced sin tener escapatoria alguna.

Después de comérselo, levantó la cabeza y señaló con su pico amarillo al cielo como en señal de triunfo. Era su primera caza y se sentía orgulloso.

Los primeros meses de la vida de Alí transcurrieron alegres. Como no conocía el miedo, hasta se atrevía a acercarse a los núcleos urbanos, los cuales tenían fama de ser muy peligrosos para algunos congéneres suyos, aunque no para un carroñero como él, que era valorado positivamente por

los lugareños de la sierra, que sabían de su labor de limpieza de roedores y carroñas del campo y de los vertederos de la comarca.

Un día del mes de septiembre le vino la "fiebre viajera", que padecen todas las aves migratorias, y Alí lo era. Su viaje migratorio lo iba a llevar al continente africano. A la Caldera del Ngorongoro.

Allí conoció al primo que tenía peor fama entre sus parientes: el buitre torgo. Un auténtico camorrista que, cuando llegaba al lugar donde estaba la carroña, no dejaba a ningún otro pariente que comiera; pues con sus extravagantes saltos y su poderoso pico espantaba a todos sus parientes. En cierto modo, por su agresividad, le recordaba a su hermano cuando en los primeros días de su vida intentaba expulsarlo del nido.

Alguna vez Alí quiso decirle cuatro cosas al torgo, pero se lo pensó mejor, ya que era un tremendo pajarraco.

No obstante, él se las ingeniaba astutamente para quitarle algo de comida, valiéndose de la paciencia adquirida en los primeros tiempos de su vida,



y con habilidad, cortaba con su pico las tripas del animal muerto, y con un movimiento propio de un malabarista, se la enroscaba en el cuello y pico, para después comérsela solo.

Pero como dice el famoso refrán: "No sólo de tripas vive el buitre", también en el caso de un alimoche como Alí, ese antiguo dicho se cumplía. Pues su instinto estaba dotado de la habilidad para utilizar piedras como herramienta, y comerse una de las viandas más exquisitas para él: los huevos de avestruz, que rompía golpeándolos con ellas.

Así que, a pesar de sus primos torgos y de otras rencillas territoriales con otras aves, Alí se encontraba muy a gusto en África, su segunda casa.

Una nueva primavera estaba comenzando y a Alí le entraron unas enormes ganas de volver a Andalucía. A los Picos de Aroche que le vieron nacer.

De vuelta de África, Alí se enteró de la muerte de su hermano en extrañas circunstancias; pues no había sido tiroteado, ni había caído en las garras metálicas de ningún cepo vil. Su muerte fue horrible y con muchos sufrimientos.



Esta desgracia le quitó la alegría; y es que a pesar de las rencillas en el nido, Alí quería a su hermano.

La comunidad de las diferentes familias de las falconiformes: águilas, halcones, milanos, buitres negros, quebrantahuesos, que también habían perdido algunos parientes de la misma espantosa manera, se convocaron en su lugar habitual de reunión (el "Casino de los Buitres") para ver qué se podía hacer.

La llegada de Alí conocido por su ingenio, les daba esperanza. Creían que él averiguaría el porqué de esas muertes tan terribles y misteriosas, e iba a resolver el problema. La asamblea de rapaces lo nombró su detective.

Tanta expectativa hizo que Alí se sintiera abrumado; pero aceptó el reto. No quería, sin haberlo intentado, decepcionar a tantas familias que habían depositado la confianza en él. Además, también era una cuestión de dignidad propia.

Tenía que saber quién o quiénes, habían matado a su hermano; y comenzó sus pesquisas.

Lo primero que hizo fue preguntar en qué lugar había aparecido muerto su hermano y le indicaron una zona en la ribera del río Chanza que Alí conocía bien; pues cerca de allí se reunía la gran familia de sus primos, los buitres negros, a los que a veces acompañaba buscando comida.

Así que se dirigió al lugar y observó que algo fuera de lo normal pasaba, ya que era muy raro encontrarse en esos lares una pechuga de pavo pelada, y a unos treinta metros de ésta, un zorro más tieso que una vara.

Con precaución dejó las alturas y se posó junto al zorrito muerto. Y aunque el estar junto a él le abría el apetito, no se atrevió a picotearlo. Su especial instinto de supervivencia le hacía sospechar que algo extraño tenía. Además no era el momento de pensar en comer; estaba realizando una misión importante y trascendental para muchas aves. Entonces se preguntó: "¿Qué hago ahora?"

Una sorpresa mayúscula se llevó el agente de medioambiente cuando vio en el patio del cortijo, el cadáver mordido de un zorrito. Curiosamente,

no habían transcurrido más de cinco minutos de su paso por el mismo sitio, y el animal muerto no estaba allí. La primera conjetura que se hizo fue que, malherido por un disparo, buscó un sitio donde refugiarse. Pero su cuerpo tenía mucha rigidez; como si llevara muerto mucho tiempo. Entonces ¿por qué había aparecido en el patio?

De repente sintió un extraño ruido, y miró a su derecha. Sobre la alta tapia del antiguo cortijo, que se había rehabilitado para las labores de guardería medioambiental, un enorme pájaro de plumaje blanco pardo y de pico amarillo lo estaba observando. Enseguida reconoció que era un alimoche.

"Qué coincidencia más rara es ésta, que al mismo tiempo se me aparezcan este zorrito muerto más rígido que un palo, y ese pájaro que parece un fantasma"-se dijo.

El alimoche giraba la cabeza hacia un lado y levantaba sus patas como balanceándose. El agente de medioambiente decidió llamar a su compañero por teléfono. Quería explicarle el insólito suceso.

-Rafael ¿dónde estás ?... Vente para acá que ha pasado una cosa muy rara- le dijo nervioso.
-... No. cuando llegues te lo explico... Vale. No tardes-.

No quiso Juan- que así se llamaba el perplejo agente- darle más detalles del asunto a su compañero, ni cuáles eran sus impresiones sobre el caso. Pretendía de esta manera crearle más inquietud, y que así se diese más prisa en regresar. Además Juan era una persona parca en palabras.

El alimoche seguía imperturbable posado en la tapia; parecía un pájaro de escayola. Juan se sentó pensativo a esperar en un banco de madera la llegada de su compañero. No quería levantar la vista, para no ver al arrogante alimoche que lo miraba fijamente. Por un lado le molestaba su presencia, sin embargo, por otro, quería que permaneciera allí hasta la llegada de su compañero, pues la escena no podía ser más insólita. De repente sintió un ruido. El alimoche que tanta zozobra le producía, había emprendido el vuelo. Y Juan respiró tranquilo, aunque siguió inquieto hasta que su compañero llegó.

-¿Qué ha pasado? ¿Qué cosa me quieres contar, que es tan importante? Eres más misterioso que un castillo vacío- le dijo Rafael como riéndole nada más verlo.

Juan le contó los hechos de un tirón, terminando su narración con la frase: "Esperemos que la aparición insolente de ese pajarraco no sea un mal presagio".

-Parece que te has dejado influenciar por las historietas de encantamiento sobre el cortijo y sus alrededores que ayer nos contó el viejo cabrero- dijo con ironía Rafael.

-¡Qué va! Pero todo el mundo dice que estos pájaros son de mal agüero- respondió Juan, que de ninguna manera quería dar la imagen de una persona supersticiosa y asustadiza.

-Bueno; vamos a quitar este bicho de aquí. Seguro que más adelante sabremos qué le ha pasado a este zorrillo-.

-Lo pondremos en el muladar que hay cerca de la charca, y que se lo coman los buitres-.

Se disponían a hacerlo, cuando vieron una sombra aérea y escucharon un golpe seco al lado de ellos, y también una especie de maullido.

Sorprendidos, se pusieron en guardia. Jamás podrían imaginarse en la vida que desde el cielo podría caer una cosa tan insólita y macabra. Era casi la mitad de un pavo con su cuello y su cabeza, y tenía una tonalidad amarillenta.

-¡Míralo! ¡Ahí está otra vez!- exclamó Juan-. En efecto. El alimoche había vuelto y estaba posado en el mismo sitio de la tapia.



"Qué cosa más rara; qué cosa más rara"- reflexionó Rafael para sus adentros. -A que va ser verdad, lo que dijo el viejo cabrero, que este cortijo está encantado...- dijo Juan sarcástico viendo la cara de estupefacción de su compañero.

-¡Vamos hombre, no digas pamplinas!- respondió Rafael sin dejar de mirar al alimoche. Un silencio fantasmagórico se hizo entre ellos. -¡Tengo una corazonada!

-¿Cuál?- preguntó ansioso Juan.

-Pues que creo que estas presas son cebos envenenados, y ahora mismo las vamos a llevar al laboratorio-dijo con firmeza Rafael.

-¿Y cómo has llegado a esa suposición?

-Más adelante te lo diré.

-¿Qué pasa contigo? ¿Es que también te has vuelto misterioso ahora?-dijo Juan un poco molesto. Rafael no le respondió-. No me digas que piensas que ha sido el pájaro ése, el que nos ha traído esta carroña para que investiguemos si está envenenada o no. ¡Vamos, esto es el colmo! -exclamó Juan.

-Bueno; vamos al laboratorio-insistió Rafael sin responder a la insinuación de su compañero.

Los restos de los animales fueron analizados y el diagnóstico fue contundente: habían sido envenenados con estricnina. Ahora se tenía que descubrir quién o quiénes eran los culpables. Así que la cuestión de si había sido o no el alimoche el que trajo los animales envenenados a la guardería, quedó de momento aparcada.

Lo que se imponía, con urgencia, era comenzar las indagaciones; y para ello los agentes iban a contar con una estimable ayuda: la de nuestro amigo Alí, "El Ingenioso Ojos de Caramelo". Y su participación sería clave para coger a los culpables.

¿Que cómo lo hizo, te preguntarás? A continuación lo vas a saber.

Porque Alí, antes de soltar en el patio del antiguo cortijo los cebos envenenados, ya había realizado sus propias averiguaciones. Pues haciendo esta labor investigadora, estuvo sobrevolando una gran extensión de terrenos de la comarca de Aroche, y

vio cómo dos individuos colocaban esos cebos, en los lugares habituales que frecuentaban las águilas y los carroñeros. Así que cuando los agentes iniciaron la investigación por diferentes lugares según las pistas que iban descubriendo, siempre aparecía el alimoche observando con su mirada afilada, lo que éstos hacían. La presencia de Alí ponía a los detectives muy nerviosos; pero llegaron a acostumbrarse, y hasta les gustaba verlo.

Al cuarto día de las investigaciones, se encontraron por una pista forestal a dos individuos y los agentes entablaron con ellos una charla.



No habían transcurridos dos minutos de ésta, cuando de repente apareció la sombra alargada del alimoche que atacó a los desconocidos, haciendo un vuelo rasante sobre sus cabezas dando maullidos escalofriantes.

Tan extraño comportamiento levantó las sospechas de Rafael y Juan, que inmediatamente dejaron de hablar sobre el tiempo y el fútbol y les preguntaron qué hacían por allí. El nerviosismo se apoderó de los dos tipos, y las respuestas que daban no coincidían. Los agentes medioambientales les registraron las mochilas, y en ellas hallaron cebos envenenados que les culpaba de las fechorías, por las que fueron juzgados por delito ecológico y condenados a la cárcel.

Después de su fructífero trabajo de investigación, los agentes medioambientales se tomaron tres días de descanso. Lo necesitaban, después de tantas emociones inexplicables. Pero estaban orgullosos de su labor, ya que habían evitado una catástrofe enorme entre las familias de las rapaces. Aunque también era justo reconocer y agradecer la labor del ingenioso Alí, el de los Ojos de Caramelo.

Sin embargo, en sus reflexiones personales sobre el caso, el comportamiento del alimoche no lo terminaban de asimilar. ¿Era verdad como parecía, que el ave les había ayudado adrede? ¿O todo era fruto de la casualidad? Cuando de nuevo se vieron los dos compañeros, la discusión siguió queriendo encontrar una explicación más racional; pero los acontecimientos sucedidos de esa manera se entendían peor.

-No comamos más el coco, Rafa- dijo Juan despreocupándose. -Vamos a creernos que ese bicho es un duende alado benefactor de la Naturaleza- dijo con una sonrisa de complicidad.

FIN